

OTRAS TARDES



PARA la primera clase tuvieron que cambiar de aula porque, como suele ocurrir cuando empiezan los cursos universitarios abiertos al público, vino más gente de lo previsto: alumnas y alumnos de la facultad, por supuesto (una chica tomaba notas, sin levantar una sola vez la cabeza, en un cuaderno que tenía apoyado sobre las rodillas), señoras de cierta edad que debían aburrirse en casa y distinguían aún en torno a la universidad el aura mágica de la «cultura», aunque fuera difícil imaginar en ellas un interés por la literatura peruana de la colonia, tema del curso, y señores que tal vez pasaban por la calle y decidieron probar suerte, como uno entra a un cine porque le sobran un par de horas. En todo caso, la mayoría no volvió a la semana siguiente, desanimada por el farrago de fechas, ediciones y variantes con que empezara; regresaron a la pequeña sala que le habían designado en un comienzo y donde Carlos dictaría las lecciones restantes. A partir de entonces fueron el puñado de personas que resistiría hasta el final –si bien unos cuantos, entre ellos la chica de las notas, desertaron a medio camino– y sólo esa segunda tarde advirtió Carlos la presencia de Ana, aunque ella le aseguró después que había asistido a la primera clase, pero sentada al fondo de la sala y detrás de una señora con un gran sombrero. No le sorprendió no haber reparado en ella, aunque la hubiese visto, pues no era el tipo de mujer que le gustaba: seria, la camisa de seda abotonada hasta el cuello a pesar

del calor, moño elegante y anticuado, aire desdeñoso de pocos amigos. Si le llamó la atención fue porque lo miraba fijamente a los ojos, como sin atender a lo que iba diciendo. Carlos sostuvo un momento la mirada y le sonrió, pero ella pareció no darse cuenta. Algo semejante le había pasado el año que comenzó a enseñar: una chica preciosa lo miró durante toda una clase con aire de invitación o sometimiento, y cuando se acercó a ella al salir no lo reconoció sino a duras penas, era más ciega que un topo. Carlos pensó que también Ana debía ser miope y que más valía no hacerse ilusiones; en realidad ni siquiera pensó en esto, no pensó en nada, estaba atento a su clase y la mirada insistente de la muchacha, la propia sonrisa y el encogerse de hombros mentalmente sucedieron un poco al margen. Sin embargo, esa misma noche —se había demorado un poco en el aula, saludando a un viejo profesor suyo a quien no veía desde hacía tiempo—, la encontró en el patio leyendo la pizarra de avisos, fue hasta ella como si se conocieran y le preguntó si estudiaba en la universidad. Ana contestó que no, había seguido un par de años de Letras pero había dejado de estudiar. Salieron juntos. En la esquina Carlos le preguntó dónde iba, ella dijo que a San Isidro y Carlos le propuso llevarla en su auto, creyendo que rechazaría el ofrecimiento. Ana aceptó inmediatamente. En el auto hablaron, con muchos silencios, de la universidad, se descubrieron dos o tres amigos comunes y entretanto Carlos dudaba si invitarla a comer. Al dejar el centro, con el auto detenido ante los semáforos, se dio vuelta a mirarla y no notó en ella ninguna coquetería; le pareció —no estaba seguro— que llevaba un anillo de matrimonio. Le dijo que sus clases debían aburrirla, aunque por cortesía ella debiese negarlo, para saber si volvería a la semana siguiente y no sentir que, por pereza o timidez, desperdiciaba una oportunidad (bajando por la avenida Arequipa miraba de reojo el

perfil fino y grave); al mismo tiempo le molestaba la idea de una oportunidad que debiera aprovechar, esa tensión que advertía a pesar suyo, tan sólo porque una muchacha aceptaba que la llevase a casa. Ana vivía en Orrantía y le pidió que la dejara al lado de un pequeño parque. «Vivo muy cerca», dijo. Se estrecharon la mano y Carlos esperó un momento, pero al bajar ella se quedó junto al auto, sin moverse, y luego le hizo sonriendo un gesto de despedida. Carlos se fue pensando que era casada y prefería que el marido no la viese llegar.

Era casada, se lo dijo la próxima vez que se encontraron terminada la clase, salieron juntos como si estuviese convenido y él volvió a llevarla hasta el parque. En el auto hablaron vagamente del curso y Carlos le ofreció prestarle algunos libros. «Se los traigo a su casa», le dijo. «O tal vez sea mejor que nos veamos en alguna parte, tomar un café.» Naturalmente, Ana podía responderle que le llevara los libros a casa y conociese a su marido o que los trajera a la universidad la semana siguiente. Carlos creyó que iba a decir algo de esto, la vio titubear, llevarse el índice a los labios en un gesto que le recordaba algo que ya había visto en algún lado. «Tengo que ir al centro mañana», dijo por fin Ana, y él dio por sentado que aceptaba su invitación; le propuso encontrarse en el Bolívar pero ella debía ir a Correos, se encontrarían allá. Al dejarla Carlos le propuso que se hablaran de *tú*, el *usted* lo hacía sentirse terriblemente profesoral. «Como quieras», dijo Ana y sonrió viéndolo venir, adivinando y previendo sus jugadas: una sonrisa que se abría lentamente, irónica, un brillo en los ojos. Carlos se sintió de pronto un poco nervioso. Esta muchacha de aire tan serio, se dijo: no me vaya a complicar la vida.

Al día siguiente no tuvo que esperarla mucho. Ana apenas miró los libros y aceptó un café en el Haití. Le habían

dicho que junto a la Casa de Oquendo hay otra casa colonial, todavía mejor, que nadie se ocupa en restaurar y esa tarde había entrado a verla. «Sí», dijo Carlos, «una casa preciosa que se está cayendo a pedazos, sobre todo vale la pena el segundo patio.» Hablaron de casas viejas, de lugares más o menos secretos de Lima, restos de la ciudad destruida. Carlos conocía una iglesia de Abajo el Puente en la que se conserva una cruz de madera muy milagrosa: en la pared, al lado de la cruz, los devotos escriben sus mensajes, piden favores, milagros modestos. Recordó o inventó algunas de esas frases y logró hacer reír a Ana; al verla reírse, no lo había pensado antes, le propuso ir a ver la cruz, estarían de vuelta en media hora. Fueron allá atravesando el puente, se detuvieron a ver el río, que traía poca agua. Ana se persignó al entrar a la iglesia. Descifraron juntos las inscripciones: «Santa Cruz, ayúdame en mi examen», «Que sane mi hermano, cruz bendita», «Tú sabes que necesito una —» y luego una palabra que podía ser *cosa* o *casa*. Ana las leía seriamente y Carlos no las encontró divertidas sino todo lo contrario: no tenía la menor idea de por qué se le había ocurrido venir. En la calle, cegada por la luz después de la penumbra de la iglesia, Ana dijo entrecerrando los ojos que había sido muy interesante. Carlos la tomó del brazo para cruzar la calle y le cogió la mano, pero Ana no respondió a su ligera presión y él la soltó enojado, no con Ana sino consigo mismo y su intento de enamorarla, llevado por un sentido fatigoso de obligación masculina. Regresaron más lentamente y sin hablarse por la sombra húmeda y densa. Al llegar a la plaza de Armas, Ana se despidió tendiéndole la mano. Carlos no hizo nada por retenerla.

Ana le había parecido ofendida o simplemente aburrida, no pensó en darle cita para otra vez, y al empezar la clase siguiente comprobó sin sorpresa que no había venido. Bueno,